

Conferencia inaugural pronunciada con ocasión de la apertura de la Exposición.
"100 años con Alejandro de la Sota" en el edificio del Gobierno Civil de Tarragona.

A los cincuenta años del Gobierno Civil de Tarragona.

Mariano Bayón. Tarragona. Noviembre 2014

Me ha parecido esta ocasión, coincidente con los cincuenta años de la puesta en uso del edificio del Gobierno Civil de Tarragona, e incluso coincidente también con los cien años del nacimiento de su arquitecto, Alejandro de la Sota, un momento especialmente interesante y obligado para volver de nuevo a ocuparse de la figura y la obra de Sota, no sólo por sus valores específicos sino por ser con más razón en estos momentos paradigma de actitudes tanto arquitectónicas como vitales que, no habiendo dejado de estar necesariamente vigentes durante todo este tiempo, sin embargo han atravesado en estos años y siguen atravesando aún momentos de confusión, de pérdida de valores y de infección contaminante de su base estructural, de pensamiento y de servicio a la sociedad que siempre fué la arquitectura.

Sota hizo todo lo que estaba en su mano para hacer ver las desviaciones de una "arquitectura que no es" como él la llamaba, por lo que hoy sus principios y actitudes merecen ser recordados en el epicentro de una mastodónica crisis económica y de valores, ya anunciados por Alejandro entonces para dentro y fuera de la arquitectura con su actitud tanto profesional como artística (por así llamarla para entendernos, aunque tal denominación estaría en contra de sus criterios), y también de principios éticos e intelectuales, como consumado maestro sin aulas que fué.

Hay, por tanto, para mí tres razones reseñables para volver de nuevo a hablar de Sota en este momento: Una de ellas, la arquitectura y las actitudes intelectuales y de compromiso solidario de Sota como diagnóstico y antídoto de la crisis económica y de valores que vivimos hoy y que se anunciaba a finales de los sesenta. La otra, de orden disciplinar, orden que fué contrario al interés de Sota, la vigencia de sus criterios sobre la arquitectura y la profesión del

arquitecto. Criterios contrarios a lo que llamamos la “arquitectura de los arquitectos”.

La tercera es de índole personal, afectiva, y corresponde al gozoso recuerdo de una de las épocas más sugerentes y completas de mi vida profesional y personal en que pude contar con la amistad y el magisterio de Alejandro, época en que con otros compañeros de Madrid, sin llegar a formar grupo conexo reconocible, nos establecimos en actitudes conscientes de desestimación del ambiente profesional de la arquitectura en el momento, el interés por la construcción y la técnica, y el desinterés por la publicación de nuestras obras.

Antes de nada hay que resaltar que, por supuesto, esas actitudes y esa arquitectura, es decir, esa manera de ver, de conocer y de actuar con la arquitectura, siendo como era personal y de una alta sensibilidad intencional y estética en Sota, no fué entonces única ni ahora lo es. Se alineaba, dejando de lado algunas diferencias de años, con la testificada también entonces, al mismo tiempo, como ejemplos, por Mies en América, por Duiker, Brinkman y Van der Vlugt en Holanda, por Eric Brygmann en Finlandia, por Prouvé en Francia, por Hannes Meyer en Alemania, por Asnago y Vender en Italia, por De Koninc en Bélgica, y por otros brillantes y personales observadores de la obra abierta y el anonimato como estructura de la actividad humana.

Lo era también entonces el posicionamiento recogido en las páginas de la revista inglesa *Architectural Design* dirigida por Mónica Pidgeon, coincidente con esos criterios progresivos hasta que en 1975 Mónica abandona la revista ante la infección mundial del llamado posmoderno en sus diferentes vías y aspectos con una larga sombra que aún hoy colea e infecta actitudes.

Por lo tanto quiero incidir, como el propio Sota hacía, en que esas posturas no eran particulares, individuales, sino generales y necesarias, no sólo afectaban a la arquitectura sino al conjunto de las actividades humanas, estaban en consonancia con los posicionamientos de ciertos colectivos y figuras de jóvenes arquitectos nacidos a la profesión a finales de los sesenta y principios de los setenta, eran beligerantes contra una arquitectura cada vez más en boga en ese

momento que se evadía en actitudes disciplinares falsamente artísticas, estaba anunciando las trazas de una crisis de valores éticos, económicos y hasta estéticos que se preparaba, como así fué y, asevero, de nuevo, que eran actitudes y denuncias que no han dejado nunca de producirse desde entonces, aunque hoy se hagan tan evidentes.

No hay nostalgia, por tanto, en este recuerdo, sino al revés, denuncia y positiva actitud continuada.

En efecto, hoy, más que nunca, hay que repetir que la arquitectura que es, la auténtica arquitectura (no la que no es, que es de la que hoy hay más, está más extendida y es más famosa que la que es), siempre ha estado anunciando la llegada de una "crisis "económica y moral, y nadie le ha hecho ni caso. Y no solo ha sido ahora, en los últimos años, desde 2007 (en los que también lo ha denunciado y con más fuerza), sino que viene haciendo ese papel de denuncia, ajuste y proporción desde que existe. Porque esa función de proporcionar los esfuerzos, los gastos energéticos, los gestos (llámeseles como se quiera) a las necesidades, a las energías y a las disponibilidades reales de cada momento, es precisamente la naturaleza, la razón de ser de la arquitectura, de la auténtica arquitectura. Sin esa función anticipatoria y correctiva la arquitectura no existe, y lo que existe en su lugar, (sea exceso, espectáculo, negocio, evasión, marcas, firmamento de estrellas, arquitectura para la "artisticidad", consumo y moda, falsa arquitectura en definitiva), no debe ser nunca confundido con la arquitectura.

Lo menos gracioso es que quienes aplaudían y apoyaban hace poco en publicaciones y concursos las actitudes especulativas, el star system, la espuma del negocio, el espectáculo de la ficción arquitectónica, de la artisticidad arquitectónica, del capricho, ahora, en plena crisis, sin duda, se confesarán adalides de lo contrario, y nos intentarán convencer de que ellos siempre lo vieron así, y nos dirán que siempre apoyaron la ética en el comportamiento y en el edificar, el rigor en el proceso y la elegancia en el resultado.

Lejos de ellos, la gran arquitectura intemporal, la lúcida arquitectura proporcionada de gasto y servicio, silenciosa, estudiosa, constructora, inventora y no aparente, que se reconoce en el valor por lo hecho (y no por quién lo ha hecho) la arquitectura enseñada, ejercida y a la que se refería Alejandro de la Sota, es al tiempo denuncia de las contrarias y presencia continua de actitudes resolutorias, solidarias y unánimes, porque vive a la luz de lo existente para alumbrar lo humanamente posible y necesario. En todo tiempo y lugar, dejando finalmente a un lado a sus autores. Un sentido conectado que está presente también en todas y cada una de las grandes actividades humanas.

Hacer buena arquitectura, solía decir Sota para hacerse entender, es a veces "únicamente regar". Y llamamos arquitecto al que así lo advierte.

Buena arquitectura como tratamiento y diagnóstico, como paliativo y antídoto, para antes, durante y después de las "crisis". Y en todo momento. Las necesidades de habitar continúan aunque sus métodos cambien y deban cambiar. Por mucho que quieran ser utilizadas como negocio.

Estas intenciones fueron entonces, han sido desde entonces, y siguen siendo ahora también mis convicciones en mi trabajo y mi pensamiento.

Yo acabé la carrera en 1968 ante un espléndido panorama de grandes figuras de la arquitectura española, pero ya antes, en 1964 comencé en la revista Arquitectura del Colegio de Madrid una sección mensual de crítica de arquitectura internacional en que significaba estos criterios tan bien ejemplificados en el Design, que he citado, pero que correspondían a actitudes y ejemplos universales.

También mi contribución era beligerante y aún recuerdo títulos muy evidentes, incluso implicados en los movimientos intelectuales y políticos progresistas del momento, que por otro lado pudieran ser también de este momento, como los que se denominaban "la actitud reaccionaria en arquitectura", "contra la arquitectura de los arquitectos", ó "la arquitectura industrial" en que se reivindicaba la construcción y la medida como único trasunto de la

concentración ética necesaria. Aún hoy mis convicciones no se han separado de ello en absoluto, sino que se han confirmado y afianzado.

Al poco tiempo de comenzar yo mi participación en la revista *Arquitectura*, el tono general de la sección debió llamar la atención de Sota, que me llamó para conocerme. De ahí surgió una gran amistad que para mí fué una continua referencia intelectual, ética y espiritual confirmativa en todo momento, pero también abierta como corresponde a los auténticos magisterios. Nunca trabajé con él en su estudio, ni yo se lo pedí ni él me lo sugirió, aunque el sistema de continuos contactos tuvo incluso su periodicidad pactada. Lo cierto es que la mentalidad de Sota, nacido antes de la guerra y con cincuenta y tantos años entonces, coincidía con las convicciones y la actitud, incluso superándolas, de los jóvenes más contestatarios y críticos de la escuela de Madrid, sin haber sido siquiera su profesor, y sin siquiera habérselo planteado expresamente.

Esta relación entre auténticas convicciones progresistas y actitudes ó conductas, merecería un análisis más incisivo que seguramente ayudaría a comprender muchas de las derivas posteriores no sólo de la arquitectura.

Por otro lado, pasado el tiempo, a finales de 1973, Rafael Moneo, con el que yo había compartido el consejo de redacción de la revista *Arquitectura* del Colegio de Madrid y Oriol Bohigas me propusieron añadirme a una nueva revista que se abría en Barcelona, que se llamaría *Arquitecturas Bis*. Asistí a varias de las reuniones del comité de redacción que se celebraban en el restaurante *Il Giardinetto* de Barcelona, obra de uno de los miembros de la revista, reuniones preparatorias del número 1 inaugural.

Hoy hace de ello 40 años. Ante el planteamiento de la revista, y de la actitud arquitectónica que la sustentaba, no tuve más que una opción: Yo propuse escribir en el primer número un artículo sobre Sota.

Y así se hizo. Se publicó en mayo de 1974 dentro de dicho primer número aún sin numerar.

Para ello yo hablé con Alejandro, se lo propuse y lo convinimos de común acuerdo. El artículo se llamaría "Conversación con Alejandro de la Sota desde su propio arresto domiciliario", y hoy ofrece la constatación de que con ello Sota se separaba voluntariamente del ambiente arquitectónico español del momento, y se añadía a la crítica en profundidad de las derivaciones que ya infectaban cada vez más al ambiente arquitectónico europeo y americano, hasta llegar en el futuro a dejar sin razón la base necesaria, inevitable y de servicio de la gran arquitectura, actitudes ya antes también denunciadas por Mies y tantos otros.

El artículo en cuestión, que por cierto fué el primero y el único que escribí para la revista *Arquitecturas Bis* (aunque preparé otro sobre el panorama madrileño que no pareció bien por no coincidir con los criterios de la revista), lo escribimos a la limón Sota y yo, en un tándem curioso y sin tapujos. Fué en realidad un largo periodo de continuas charlas y conversaciones, que duró unos dos meses, en que se construían los párrafos, se quitaban y se ponían comillas, etc. Se adoptó el formato de una entrevista para dar lugar a un auténtico elucidario de contenidos.

Para mí, y para Sota creo que también, lo que estaba sucediendo en aquel preciso momento, en la preparación de aquella "conversación-artículo", era realmente una especie de contacto acordado entre generaciones. Eso que habitualmente se llama enseñanza, en el caso de esta conversación parecía, además, el acto de entrega de un relevo, el afianzamiento en la transmisión de conocimientos de una generación a otra, cosa que se hacía públicamente, con luz y taquígrafos, en una revista para arquitectos, y además de una forma claramente beligerante a modo de pronunciamiento ó manifiesto contra el medio profesional, cultural, mediático, ideológico, y desde nuestro punto de vista incluso político.

Leído hoy, el artículo y las aseveraciones de Sota no tienen desperdicio por actuales y generales y por aclarar la intención de esas posiciones. Estaban claramente preparadas para dejar constancia y testimonio desinhibido de sus convicciones y criterios sobre tantas cosas: sobre la estructura profesional, sobre

la actitud de servicio y oficio de la arquitectura, sobre los lenguajes ocultos, habitualmente inútiles e insolidarios de los arquitectos, sobre el consumismo, desmesura, afectación, falta de rigor e insuficiencia intelectual y crítica de muchas de las revistas y publicaciones de arquitectura al uso, sobre los encargos y la función solidaria de la arquitectura y las deformaciones que se advertían, sobre la autoría excesiva y el anonimato necesario, sobre el valor de las cosas en función de su servicio y no de su autoría ni de su precio, sobre la tecnología progresiva y el diseño inútil, sobre la prefabricación, los materiales y la génesis de la obra de arquitectura positiva, sobre su negativa a entender la arquitectura como una obra de arte personal, su rechazo a considerar cuestiones formales que no fuesen las debidas a comportamientos energéticos de los espacios ó los materiales, su visión del mínimo gasto energético consumido, sus criterios sobre la enseñanza de la arquitectura, su negativa a publicar, etc., etc. y otros muchos temas sintéticamente tocados con la ironía y profundidad características de Sota, que no quise dejar de transmitir. Quedaron también inéditos muchos otros temas que no llegaron a transcribirse, como su actitud antiacadémica (de enseñanza y profesión) su convicción de que la arquitectura, lejos de ser un producto de consumo es un derecho público protegible, ó multitud de criterios y opiniones sobre los sistemas de trabajo, de la construcción, de la industria, de la interpretación alegre y positiva de la vida y de las cosas, la sutileza del trabajo del arquitecto, etc., etc.

Durante este tiempo, desde la muerte de Alejandro en 1996, he visto algunas veces con preocupación que algunas exégesis ó interpretaciones que se han hecho y se hacen de Sota contravienen seguramente sus propios criterios, que con ser tan abiertos, a veces indescifrables y antidogmáticos, siempre los expresó convencido de que los valores de la obra residen en los problemas que resuelve en cada caso en cómo los resuelve para el presente y para el futuro y no en quién la ha hecho, cuando una de las enfermedades contagiosas de las que adolece la arquitectura en la actualidad es el consumismo de imágenes y el señalamiento de valores en torno a la autoría, el estrellismo y el espectáculo, tan lejanos y contrarios a Alejandro.

Pero nada sería tan contrario tampoco a mi interés, mi criterio y mi actitud como ser yo mismo árbitro de fidelidades ó rectitudes, cuando ni siquiera Alejandro quiso serlo de sí mismo ni de nadie.

La obra y la personalidad de Alejandro de la Sota son poco consumibles y si bien en cada obra y proyecto y en cada detalle y sugerencia se demuestra con una extrema sensibilidad, finura y profundidad de encaje y solución, incluso plásticas, esta realidad no debe silenciar ni ocultar nunca tantas sugerencias, enseñanzas y confirmaciones profundas y menos evidentes que constituyen una parte esencial de la propuesta vital de Sota, tales como son su actitud comunicativa para entender la arquitectura como un "servicio", obligado y solidario, pero socialmente activo. Servicios y asistencias tan poco conocidas de Alejandro para resolver pormenores, como son, por ejemplo, (lo grande a través de lo pequeño), las espléndidamente recogidas en el libro de Restituto Bravo, a mi parecer una de las mejores aportaciones al real conocimiento de la actitud arquitectónica de Sota, en que se dan a conocer decenas de pequeñas intervenciones para los despachos y carterías de Correos de toda España, trabajos asistenciales de una dimensión creativa reseñable ó la actitud recuperadora y elucidaria, casi franciscana, de tantos materiales, incluso algunos habitualmente denostados.

La actualidad de Sota y de los posicionamientos ejemplificados en su trabajo y en su actitud no pueden ser entendidos como consumo cultural ni como acontecimiento histórico, toda vez que con ello traicionaríamos la auténtica necesidad, la inevitabilidad obligada de sus observaciones para el momento presente y para su permanencia futura como diagnóstico y antídoto de las desmesuras que hoy aún sufrimos.

Recordaremos a Sota para entender la arquitectura no como un producto ocasional, sino como "agricultura", como conducta, como un cultivo que se propende del cual se recoge final e inevitablemente la cosecha, buscando más "estados capaces" de arquitectura, al servicio del hombre, que productos culturales consumibles y desechables con la reposición característica de las

modas y del mercado. Y además reconocer en cada caso la fácil e inigualable habilidad con que él lo hizo, el hecho físico de que cada vez que volvemos a experimentar, como en el caso que nos acoge en este Gobierno Civil de Tarragona sus renovadores edificios, sus ambientes, sus lugares, a gozar de sus detalles e invenciones, a repasar sus dibujos, sus notas gráficas ó sus palabras, volvemos a percibir ese regocijante abrazo con lo más genuino, amable y auténtico de la bonhomía actuando sabiamente sobre lo vividero.

Al retomar todo esto, al volver a nuestra conversación detenida, tengo la sensación de reemprender ante ustedes aquél diálogo con Alejandro que siempre me dejaba la agradable e imperiosa necesidad de continuar disfrutando con la arquitectura y a trabajar para ella.

Mariano Bayón.